

Jefes de departamento



EDGARDO RUIZ VELASCO
Jefe del Departamento de Cómputo, 1986 – 1990

¿En qué año se incorporó al CUIB?

En octubre de 1984, en el siglo pasado.

¿Cómo fue su incorporación?

En donde trabajaba tenía un conocido –el ingeniero Voutssás–, me comentó que solicitaban gente en Bibliotecológicas –en ese entonces para mí era una palabra completamente nueva–, y fue la manera como contacté con el CUIB.

¿Cuál es su profesión?

Soy ingeniero mecánico electricista.

Cuando escuchó la palabra Bibliotecología, ¿a qué lo remitió?

Me remitió a algo de bibliotecas, pero no a la idea del Centro. Era una palabra que no me daba la esencia que realmente tiene.

¿A usted le tocó estar en San Ildefonso?

Sí, ahí empezamos.

¿Cómo eran las instalaciones?

Básicamente eran cubículos enormes, pero en sí no tenían mayores instalaciones. Con lo que contábamos era en general con el espacio. En el caso del área de cómputo, únicamente tenía una instalación eléctrica especial para tres computadoras que ya existían. Eran tres computadoras Franklin, que venían con una televisión K2 como monitor.

También contaban con tres impresoras de matriz, que aun para la época se consideraban equipos muy rudimentarios, muy pequeños en capacidad. El problema era que no acababan de ponerlas en operación. Digamos que era lo que se conseguía comercialmente, pero empezaban a salir las computadoras PC, además de que existían los mainframes. Entonces el CUIB en realidad arrancó con tres computadoras muy pequeñas, aunque siempre se trató de sacarle el mayor provecho a esos equipos.

¿Cuáles fueron las tareas que se le encomendaron?

Inicialmente, buscar en la Dirección General de Proveeduría cuáles habían sido las condiciones de compra de estos equipos porque se creía que estaban incompletos. Esa fue la primera tarea de investigación, para ver si en realidad eran los que habían solicitado y tenían todo lo que se suponía deberían de traer. Después empecé a trabajar en esas máquinas una encuesta sobre bibliotecas públicas y en el caso de Biblioteca se adquirió una computadora PC en 1985 para empezar a preparar lo que sería la base de datos INFOBILA.

¿De qué manera participó en INFOBILA?

Se contó con un software que empezaba a comercializarse, *Logicat*. Me tocó colaborar en las etapas de prueba en cuanto a su adaptación para la base de datos que estábamos tratando de implementar.

¿Quién evaluaba su trabajo?

Era evaluado por la Dirección. Como el CUIB era muy pequeño, prácticamente no había ningún formalismo para solicitar algún apoyo de cómputo.

¿Y ahora?

Esto ya cambió radicalmente. Ahora es un Centro completamente establecido, tenemos una gran cantidad de equipo. Actualmente me evalúa el Jefe de Departamento, además de estar adscritos a la Secretaría Técnica.

¿Qué es lo más significativo que usted recuerda de cuando estaban en San Ildefonso?

Fueron muchas cosas. Realmente comenzamos a trabajar con estos equipos, a tratar de sacarles un poquito más de provecho. Empezamos también a abrir la posibilidad de darles más uso. Buscamos a los usuarios porque la gente no se quería acercar a las computadoras.

¿Por qué no querían usarlas?

Me imagino que nadie las usaba en aquella época. Se pensaba que, o eran para manejos de información, o para cuestiones de cálculo científico. Entonces empezamos a involucrar a los investigadores en el procesamiento de textos para que comenzaran a hacer uso de los equipos. Además había gente que tenía proyectos más avanzados y necesitaban cuestiones de cálculo más definidas, entonces con esas personas podíamos trabajar, dado que ya conocían las computadoras. De esos equipos salieron los cálculos para probar con un investigador la ley de Morse-Markov para evaluar la circulación de los materiales en una biblioteca. Pese a esas computadoras tan rudimentarias, siento que se le dio un buen apoyo para poder terminar esa investigación.

¿Qué hizo usted para conseguir usuarios?

Pues ir a tocar puertas, inicialmente así fue. La gente sentía que las computadoras no eran precisamente algo de lo que pudieran depender y fue irles enseñando las posibilidades que tenían a medida que se iba adquiriendo más equipo, ya con mejores capacidades de trabajo. Después nos llegaron tres computadoras PC de una donación que hizo IBM. Luego también una más grande donde nos pusimos a hacer básicamente tipografía, información de libros y revistas, y de alguna manera iba involucrándose al personal con el uso del procesador de palabras, hojas electrónicas y en casos muy específicos, bases de datos.

¿Recuerda cómo eran las condiciones de trabajo en ese entonces?

Eran mínimas las que necesitábamos. La disposición de la Dirección era que, en la medida de lo posible, se fuera involucrando más el personal del Centro en el manejo de estos equipos, ya que en cierto

modo esto iba a redundar en su trabajo. Prácticamente, pese a tener poco equipo, raras veces tuvimos saturación de usuarios. Digamos que teníamos algunos que de cierta manera eran recurrentes y otros que definitivamente no iban a utilizar esa tecnología por disposición propia.

¿Cuántos eran los usuarios recurrentes?

Teníamos alrededor de dos o tres que sí ocupaban los equipos, las tres computadoras Franklin y las tres IBM para dar el soporte. También había el apoyo secretarial, que se capacitó para trabajar en el procesador de palabras, que básicamente era lo que ocupaba el mayor tiempo los equipos.

¿Recuerda en qué año se incrementó el número de computadoras?

Sí, fue por ahí de 1985, se compraron dos equipos más y para 1986 recibimos la donación de las computadoras IBM-PC. En 1987 tuvimos nuestra primera computadora AT, que en aquella época era lo máximo en tecnología. Esa computadora AT también llegó con una impresora láser, lo que nos permitió hacer tipografía para aprovechar el procesamiento de texto con una calidad más profesional.

¿Cómo impactó el aumento de computadoras en el Centro?

La estructura de la Universidad era otra. En aquellas épocas existía un Comité Asesor de Cómputo que era el que recibía las solicitudes de equipo, pero realmente la compra era mínima. Teníamos presupuestos muy limitados y por lo común los canalizaban a otras instancias. Si solicitábamos algo, el Comité de Cómputo revisaba nuestro pedido y decidía qué era lo que se compraba. Entonces no necesariamente, por más que pedíamos, nos llegaba lo que queríamos. De hecho esta computadora AT y la impresora láser es algo que compramos por iniciativa propia y con recursos... si mal no recuerdo, fue a través de la UNESCO que nos dieron este apoyo.

Cuando se da el cambio de San Ildefonso a CU, ¿fue algo significativo?

De hecho en un principio vislumbrábamos más temores que ventajas con él. Estábamos muy adaptados a trabajar en San Ildefonso. En el caso del Departamento de Cómputo, se nos redujo considerablemente el espacio. Esto causó que se empezaran a retirar computadoras, pese a que en sí no contábamos con muchos equipos. Quitamos algunas porque ya no teníamos dónde ponerlas. De tener siete en el área, nos quedamos con cuatro.

¿Qué tipo de temores eran los que se tenían?

En un principio, como estábamos acostumbrados allá –ir al centro de la ciudad–, al ambiente de trabajo. Una vez llegando al edificio, había toda la tranquilidad del mundo; también teníamos todo el espacio para el trabajo. El cambio pareciera que de alguna forma nos iba a meter en una dinámica de Ciudad Universitaria que yo en lo particular no conocía desde el punto de vista laboral, pero más que nada por los espacios. Sabíamos que íbamos a perder mucho lugar.

¿Cómo era el ambiente de trabajo en San Ildefonso?

Muy cordial, realmente. Como estábamos distribuidos a lo largo del edificio, llegábamos a lo que era el Departamento y estábamos aislados de todo el mundo. Eran épocas donde nos comunicábamos a través del teléfono y éramos afortunados porque teníamos uno ahí en el área, y era increíble que muchas veces nos hablábamos por teléfono para no andar bajando y subiendo escaleras o pasándonos a otros patios.

¿Qué significó el cambio a CU?

Que en cierta medida estuviéramos más integrados, ya no había ese aislamiento total. De alguna manera la gente iba a tener más cerca el área de cómputo, y en cierto modo también podríamos pensar en atender mejor a los usuarios.

Durante las diferentes gestiones, ¿en cuál nota usted que ha habido cambios más significativos?

Cuando entré al CUIB el Director era el maestro Rodríguez Gallardo y al siguiente año, en enero, lo nombran Director General de Bibliotecas y entra a la Dirección la maestra Morales Campos. En esta primera etapa, que fue crear en el Centro el Departamento de Cómputo, nos tocó trabajar con ella. Posteriormente me pasé a la Coordinación de Humanidades dos años, luego estuve en la Universidad Pedagógica otros dos y me reincorporé en 1995 al CUIB en el segundo periodo de Dirección de Elsa Ramírez, en que ocurre el problema del paro de 1999, la famosa huelga, que de alguna manera paralizó a toda la Universidad. Para aquella época el Departamento de Cómputo ya había cambiado drásticamente porque se contaba con una red local, acceso a Internet y el apoyo que estaba dando la Universidad a todas las dependencias en aspectos de cómputo era bastante fuerte comparado con el que me tocó por lo menos hasta 1990, año en que dejé la Jefatura del Departamento. Una cosa curiosa: cuando se dio el movimiento del CEU, nunca nos cerraron las instalaciones del Centro, en 1986, creo. Cerraron la Universidad, pero a nosotros nunca nos afectó en nada ese movimiento, seguimos trabajando sin ningún problema.

¿Y eso por qué?

Me imagino que se debía a la distancia. En San Ildefonso había pocas dependencias y también estudiantes de la Maestría en Contaduría, pero supongo que no fue punto de interés para la gente del CEU. Nunca nos afectaron.

Eran parte de CU pero al mismo tiempo estaban separados...

Pues al menos físicamente sí estábamos separados.

¿Ideológicamente?

Estábamos en lo nuestro en realidad, no teníamos mayores contactos con todo el sistema. En mi caso me sentía ajeno a todo ello, de hecho conocía prácticamente muy poco de la dinámica en Ciudad Universitaria.

Durante los primeros años del CUIB, ¿qué logros recuerda en el área de Cómputo?

En esa época se estuvo trabajando con el paquete *Logicat*, donde el Centro cumplió como asesor para la compañía que lo estaba desarrollando. Fue básicamente lo poco que se pudo hacer en aquel entonces, fueron tres meses nada más. Durante la gestión de la doctora Morales comenzó un despegue más real. De los productos importantes que logramos obtener están la base de datos INFOBILA, el apoyo en ciertas investigaciones de modelos matemáticos, como el modelo Morse-Markov. También brindamos apoyo a la doctora Dorta de Cuba, diseñando un software para generar tesauros.

¿De qué se trata ese modelo?

Es un sistema probabilístico para evaluar la circulación de libros en las bibliotecas.

¿Qué cambios significativos observa en las gestiones subsiguientes?

Estuvo la parte de la edición de libros y revistas del CUIB, donde sí vimos una mina de oro en cuanto al apoyo que nos daban las computadoras. De hecho en la revista, que fue la primera actividad que se trató de impulsar, logramos actualizar toda la producción rezagada que se tenía. Durante la gestión subsiguiente me vuelvo a integrar y sigo apoyando en la base de datos INFOBILA, pero el CUIB comienza a tener un desarrollo bastante notable en cuanto a Internet. Fue de las primeras dependencias que tuvieron un sitio web. También podemos ver el número de equipos, se incrementaron de una manera fuerte, en la actualidad estamos hablando de entre 100 y 110 computadoras. El aumento se dio a partir de 1990. Se creó una infraestructura de servidores para esta red local y comenzamos a dar servicios también vía Internet, eso es parte clave de estos procedimientos. Asimismo en cuanto a lo que fue Biblioteca, que de alguna manera amerita más; se automatizó prácticamente todo el acervo y era una herramienta muy importante tener ordenada esa información. De alguna manera es seguir una línea, creo que ya se había fortalecido la parte de la red del Centro y se da un esfuerzo muy importante en cuanto a la infraestructura. Lo que hacía-

mos por lo común era que si llegaba equipo nuevo se ponía en las áreas donde más se demandaba tener esos equipos con mayores capacidades, principalmente. Y los que se tenían, pasaban a otras áreas o a los investigadores. Entonces era como una especie de reciclaje tener equipo nuevo, medio obsoleto y del todo obsoleto, y éste era un esquema de trabajo que se dio prácticamente hasta la llegada del doctor Martínez, sobre todo el año pasado y este, cuando se ha adquirido el mayor número de computadoras. Antes, normalmente el área de Cómputo era la que tomaba todo el equipo nuevo y el existente era el que se iba reciclando. En la actualidad el área todavía no cambia de equipo; ya se les cambió a todos los investigadores, a todas las demás áreas, por ejemplo. Otro aspecto es que a partir de la Dirección con el doctor Martínez ya contamos con un laboratorio de cómputo, donde tenemos veinte computadoras conectadas a Internet, nuevas además, todas iguales y en las mismas condiciones, que apoyan al Centro en lo relacionado con cursos.

**¿Antes del doctor Martínez no había laboratorio de cómputo?
¿Cómo surge la idea de crear uno?**

No, no teníamos laboratorio de cómputo. Se veía la necesidad de tener uno, sobre todo por la naturaleza del CUIB, pues venía la gente a tomar cursos –sobre todo de actualización–, y en buena medida hemos sido impulsores de la tecnología, pero no teníamos los medios para apoyar esos cursos. Aquí se conjuntaron la pasada remodelación de las instalaciones, que me parece empezó en el año 2000, y que entre otras cosas ganamos otro piso. Entonces se previó que se tuviera un espacio específico para este laboratorio de cómputo, pero entre el paro y el cambio de Dirección se fue atrasando este proyecto. De hecho, en el primer periodo del doctor Martínez todavía funciona como el lugar adonde llegaba el equipo nuevo y de ahí empezaba a circular a las demás personas del Centro. En la actualidad tenemos prácticamente a todos nuestros usuarios con equipos nuevos, y por fin pudimos tener el laboratorio con todas las máquinas en las mismas condiciones de trabajo.

¿Quién o quienes usan más el laboratorio?

Básicamente las áreas de Difusión y Educación Continua. Ellos son quienes programan su manejo durante los cursos. En lo que respecta a Cómputo, nada más nos toca ver que los equipos estén funcionales, para lo cual se revisan antes de cada curso. Si es necesario instalar alguna paquetería lo hacemos nosotros, pero en sí la idea es mantener el equipo en operación y en las mejores condiciones.

¿Cuáles considera sus logros más característicos durante su estancia en el CUIB?

Me parece que este es trabajo conjunto. Creo que una de las partes donde sí he estado dedicando más tiempo de trabajo es a Biblioteca. De alguna manera, si somos el Centro de Investigación en Bibliotecología, debemos tener una de las mejores bibliotecas, por lo menos en el área de automatización. Es un proyecto que se ha venido haciendo, tal vez no con la rapidez que hubiéramos deseado, pero hemos avanzado. También el apoyo a los investigadores en cuanto a información que se ha generado. Por ejemplo, la base de datos INFOBILA, donde obtenemos información con ciertas características específicas que solicitan para seguir avanzando en los temas propios de investigación. En particular la base de datos, creo ha sido algo que le ha dado parte de su imagen al CUIB.

Si le pidiera que nombrara los símbolos más representativos del CUIB, ¿cuáles nombraría?

El logotipo: desde que llegué no ha cambiado, creo que eso puede ser clave para identificarlo.

¿Y en cuanto a lo que se ha hecho?

En cuanto a lo que se ha hecho tenemos varias cuestiones. En primer lugar, todo lo que es la cuestión del desarrollo de la producción editorial, que de alguna manera está básicamente apoyado en cómputo. En segundo lugar los servicios en línea, tenemos también acceso a documentos electrónicos generados por el Centro. Tercero, la consulta a todas nuestras colecciones de bibliotecas. En lo que no tenemos de-

masiado desarrollo es en la difusión de nuestras investigaciones como tales.

¿Qué representa en su vida el CUIB?

Una época importante, porque son muchos años de colaborar aquí en el Centro. Me ha dado logros y reconocimientos importantes y de alguna forma me ha ayudado a seguirme formando. Tengo bien puesta la camiseta del CUIB. Básicamente, en esto de las computadoras uno nunca acaba de aprender, pero también la otra parte es tratar de pasar este conocimiento a las demás personas y principalmente a la gente que solicita algún proceso, algún programa para realizar algo. Esto me sirve para conocer más de Bibliotecología, entonces es un intercambio de conocimientos.

¿Cómo relaciona su carrera con la Bibliotecología?

Lo que pasa es que no estudié para trabajar con computadoras. En aquellas épocas en que estudié, aunque ya había computadoras el acceso era muy limitado y las aplicaciones eran eminentemente del lado científico, por lo menos aquí en la UNAM. Creo que eso ha sido una parte importante dentro de mi formación, empezar a ser multidisciplinario para tratar de aprovechar más el potencial que nos está dando la tecnología. Entonces mi carrera quedó en un plan por allá muy lejos hace veinte años, y parte de esta motivación es que uno tiene que estar actualizándose continuamente y de alguna manera irse adaptando a las necesidades que se van presentando.

¿Qué es lo que más le gusta de su trabajo?

Pues principalmente la variedad de opciones que nos dan o que no sea un trabajo rutinario, al contrario, nos abre el panorama. De manera continua hace que diseñemos o programemos algo, tenemos que dar asesorías, apoyos, componer computadoras, es muy variado.

¿Usted imparte cursos?

Aquí en el CUIB me ha tocado impartir, ahora en el periodo del doctor Martínez, un curso de actualización, pero ya tengo como trece años dando dos materias en la Facultad de Filosofía y Letras, en el Co-

legio de Bibliotecología. Tiene que ver con Automatización de la Información y Computación.

¿Cómo ve al CUIB a largo plazo?

Como un instituto, creo que ya alcanzamos esa madurez para dar el gran paso. De alguna manera siento que será un instituto clave en el manejo de información a nivel nacional, con un reconocimiento por lo pronto de América Latina.

¿Cuál es el cambio más representativo que se dio en el CUIB de antes y lo que es actualmente?

Tiene que ver con el ingreso de más gente, sobre todo investigadores. Esto abre bastantes opciones en las áreas de investigación que se siguen. Creo que cada vez se abarcan más temáticas y también el mundo exige soluciones más rápidas, ese aspecto creo que ha sido una de las fortalezas del CUIB, que ha tenido la posibilidad también de crecer.

¿Crecer en qué sentido?

En posibilidades de estudios relativos al procesamiento de información.

¿Qué hace usted actualmente?

Hacemos de todo, seguimos apoyando al personal en el uso de paqueterías. También tengo que ver con el desarrollo de programas y sistemas, con la actualización de la infraestructura con que contamos: computadoras, servidores y la red. Entonces sí tenemos bastantes cosas que hacer.

¿De qué manera la tecnología ha apoyado la labor del CUIB?

Creo que nos ha acercado bastante al Primer Mundo, tratándose de obtener información lo podemos hacer de una manera muy rápida, efectiva y confiable. Nos permite también comunicarnos, no importa el lugar del mundo y prácticamente no hay ninguna limitación.

¿Qué recuerdos le gusta rememorar de sus primeros años en el CUIB?

Cuando entré al CUIB ya existía lo que era el Seminario de Investigación. Una vez al mes, me parece, cada investigador exponía el proyecto que estaba llevando para oír otras opiniones, alguna recomendación. Si sentía que estaba con algún problema en cierta parte de su proyecto, intentaba que los demás investigadores le dieran algún consejo, algún apoyo, pero siempre que acababan los seminarios había una comida, que creo es una costumbre que ya se perdió. Hasta ahora lo entiendo con más razón, en aquella época éramos poquitos. Normalmente la gente después de terminar el seminario invitaba a todos los demás colaboradores del CUIB a pasar a esa comida. Ahora se siguen haciendo los seminarios, pero es muy difícil invitar a tanta gente.

¿Y todavía pueden participar todos?

No, esos seminarios siempre han sido exclusivamente para investigadores. En alguna ocasión pedí un permiso para usar el foro del seminario precisamente para atraer a los usuarios, para enseñarles lo que teníamos, lo que podíamos hacer, el uso que podían hacer, sobre todo los investigadores, de la computadora. Era un poquito plan con maña organizar ese seminario, pero era más de promoción que de investigación.

¿Y ahora hay necesidad de promover el centro de cómputo o cambió completamente la dinámica?

Lo que pasa es que el Departamento de Cómputo en sí está más para apoyar. Los investigadores tienen ya los equipos en su cubículo, ya no necesitan acudir al centro de cómputo. Estamos abiertos a brindarles cualquier tipo de apoyo o solucionarles cualquier problema que se les presente.

Por último, algo que desee agregar...

Hace veinticinco años, cuando empezó a funcionar el CUIB, a lo mejor era una serie de ideas lo que pretendía ser realmente. He estado tanto tiempo aquí en el CUIB –ya voy para veinte años– que me da

mucho gusto ver que va caminando. He visto cómo tantos ideales se han ido consolidando y que el Centro tiene mucho futuro para seguir operando. Finalmente deseo agradecer la colaboración de Rafael Pagaza García, Fernando Edmundo González Moreno y Anatolio Vázquez García para la creación del Departamento de Cómputo.

**En los primeros años ¿qué era lo que se hablaba del CUIB?
¿Cómo era visto al exterior?**

No puedo hablar mucho al respecto porque me consideré ajeno en un principio, cuando entré. Y más que estábamos en el centro: conocer las interrelaciones del CUIB con el área profesional de bibliotecólogos me era completamente desconocido. Pero pese a esos pocos años que tenía, en cuanto al gremio de bibliotecarios, bibliotecólogos, bibliotecas, por lo menos aquí en el DF y en la República Mexicana, ya tenía ganado un buen lugar, un reconocimiento dentro de esa área. No hay eventos de bibliotecarios donde no esté presente el CUIB.



PILAR RODRÍGUEZ RAMOS
Jefa del Departamento de Publicaciones, 1985 – 1989

¿Cómo fue tu incorporación al CUIB?

La UNAM es una institución que me impone mucho. En ese entonces tenía un familiar que trabajaba en la Universidad y traía la *Gaceta*, fue ahí donde encontré la información sobre un concurso que tenía que ver con diseño editorial, entonces acudí con mis papeles, mi proyecto, que precisamente era el de la revista. Es increíble que con el tiempo su producción se desarrollara de modo tan satisfactorio, esa fue la manera en que inicié mi trabajo en el CUIB. En realidad no recuerdo cuándo entré exactamente, pero es que ya pasaron varios años, se dice fácil pero ya son veinte años de que estuve en el Centro, quizá sea más sencillo a través de algún detalle que me recuerde mi feliz estancia; fuera de eso, es difícil.

Eras muy joven cuando te incorporaste al CUIB, debió ser duro organizar tantas tareas, cuéntanos cómo te organizaste.

De hecho el Centro no era tan grande, sin embargo sí había mucho trabajo y no estaba seccionado en cuanto a sus actividades, no distinguías lo que corresponde a las labores editoriales, de diseño editorial o diseño gráfico ni de corrección de estilo, no, simplemente me dijeron “Este es el lugar donde vas a trabajar” y me dieron una montaña de fólderes llenos de papeles, también me dieron una lista de libros que se encontraban en proceso, algunos en imprenta, otros todavía en revisión con los mismos investigadores, y bueno, eso fue sólo el principio: tuve que organizar el proceso, darle orden, priorizar labores porque realmente había mucho trabajo, leer de tiempo completo y yo no estaba familiarizada con lo que era la materia; mi fuerte era el

diseño gráfico, no la corrección de estilo, el vocabulario, la terminología de la disciplina; pero poco a poco, leyendo –siempre me ha gustado leer y eso facilita las cosas–, además de que tenía el apoyo de todos los investigadores, de mi jefa, de la Directora, entonces estuve muy bien guiada para organizar todo y sacar adelante los proyectos.

En ese momento era Directora la maestra Estela Morales, ahora ya es doctora, mi jefa directa era Elsa Ramírez, también ya es doctora, y en general algo que me llama la atención es que éramos un equipo de mujeres muy trabajadoras; sí había investigadores, después se fueron incorporando más, pero el trabajo femenino era muy buen ejemplo y todo el mundo andaba corriendo, por ejemplo la doctora Estela Morales sabía ser muy ordenada y estaba siempre al tanto de todo, de las cosas que se tenían que hacer y cómo sucedían, aun sin estar dentro del Centro. La maestra Ramírez igual, teníamos nuestras juntas de trabajo y eso fue muy importante porque el control y el orden me ayudaron ya que no tenía tanta experiencia ni tantos trabajos, recién había egresado de la carrera y sí había dado clases, pero un trabajo con esa responsabilidad y del área editorial... Había trabajado en una agencia de publicidad haciendo diseños o algunas cosas como *free-lance*, pero no en un Departamento recién establecido, después el Centro fue creciendo y fue tomando más forma.

Asumes la Jefatura de Publicaciones ¿cuáles son los recursos materiales con que contabas en ese momento?

Pues de hecho no teníamos tantos. Era mucho de buscarlos. Inicialmente, como era un centro de investigación, había muchos libros, mucho que leer, pero lo que era el material y cómo se trabajaba, pues había bastante relación y cierta dependencia con la imprenta de la UNAM; el borrador se mandaba allá o se trabajaba con gente externa, conforme me fui incorporando buscamos más recursos, por ejemplo, si necesitábamos algún material de fotografía o de dibujo para poder hacer por lo menos los bocetos de las portadas, teníamos que buscar amigos, contactos, porque teníamos lo indispensable pero necesitábamos más presentaciones, y bueno, te estoy hablando de otro tiempo, con otra tecnología. Nunca me sentí Jefa porque era jefa-esclava, ayudante y demás, pero como el CUIB era tan pequeño,

asumías tu responsabilidad con cariño, tenías que hacer de todo. Además del trato con la imprenta, salíamos a ferias de libros, teníamos contacto con algunas bibliotecas, enviábamos las publicaciones; eso era agotador, había que estar al tanto de las publicaciones, de la fe de erratas, que desafortunadamente existen, pero así poco a poco se fue formando el Departamento de Publicaciones.

¿Y los recursos humanos?

La verdad es que teníamos apoyo de todos, vaya, los mismos investigadores colaboraban entregando su trabajo como se los solicitaba, hacían el marcado cuando querían alguna corrección o se tipografiaba, porque apenas comenzábamos con las computadoras; su apoyo agilizaba todo porque en el trabajo editorial el factor tiempo implica muchas cosas, los libros tienen cierta vigencia y la información que se quiere dar debe ser oportuna en su divulgación; recibía ayuda de todos, de los investigadores, del área de Difusión con Zuemi, de Cómputo con Edgardo Ruiz y Rafael Pagaza, de Ramiro Lafuente que me ayudaba con muchos términos para la corrección que se me dificultaban, él me apoyaba o Elsa Ramírez me decía cómo revisar mi trabajo. Eso era un trabajo de familia, en equipo, porque pasábamos demasiado tiempo trabajando juntos –muy a gusto– dentro del CUIB.

Cuéntanos ¿cómo era la evaluación de tu trabajo?

Directamente me evaluaba mi jefa, sin embargo, mi evaluación personal era constante, significaba querer hacer algo y además dar resultados; la edad influye, por supuesto, porque quieres comerte el mundo, pensar “Yo puedo sacar equis publicaciones” y hacerlo.

La satisfacción de haber logrado la revista fue muy importante, sobre todo en este mundo donde hay gente tan preparada y que sale de las carreras con tantos recursos, y para quienes una publicación es bastante significativa. Esta etapa me hizo sentir que estaba logrando lo que quería; en esa medida, personalmente, me evaluaba y obvio, influye el contexto, los investigadores, sus opiniones. La Directora sesionaba a través de una reunión anual donde yo daba un reporte de los logros obtenidos y de ahí se observó la necesidad de contratar más personal, un corrector de estilo, y es que el Centro comenzó a

crecer y ya no nos dábamos abasto sólo conmigo allí. A veces pedía demasiado aunque básicamente Zuemi y yo iniciamos en una oficina, y bueno, nos apoyábamos, incluso a veces llevaba papeles por mí, me apoyaba mucho, me ayudaba a hacer llamadas o cuando se enviaban las publicaciones a las ferias de libros, que son una locura, a seleccionar el material, hacer los paquetes, enviarlos, porque además era eso: no teníamos a alguien a quien decirle “Por favor me empacas este material y me llevas tres cajas de tal libro a tal lugar”. No, nos llevaban todos los libros y entonces comenzábamos a repartir, tantos en estas cajas y tantos en la otra para diferentes destinos. Nosotras hacíamos todo. Llegar a la feria, desempacarlos, hacer promoción, venderlos, hacer suscripciones para la revista; la verdad es que fue un trabajo muy duro aunque muy satisfactorio para mí.

Ya hemos hecho cierta retrospectiva; lo que es para ti la historia del CUIB, esta evolución interna que tiene cada sitio o cada espacio, ¿cómo pudiste percibirlo? ¿cuáles son los momentos que mejor recuerdas?

Tuve la fortuna de haber estado en el Colegio de San Ildefonso y estar ahí ya es un premio: los espacios, el olor, la arquitectura, los murales o cuando había eventos, todo eso te va marcando. Una de las cosas que más me gustaban era el lugar donde trabajaba, fue una gran etapa. Entraba allí y podía estar todo el día, aun sin comer, realmente lo disfrutaba; la arquitectura me gusta desde niña y allí me recreaba mucho, el sitio es maravilloso, todo era bastante bueno, y si aunado a eso ponemos el trabajo editorial que era lo que me gustaba, la edición de libros y revistas, y trabajar con personas con las cuales puedes aprender y llevar a buen término tu trabajo, la verdad es que estaba muy a gusto, mi tiempo allí fue bastante enriquecedor.

Dentro de esta historia en proceso de cambio, ¿cómo ves tus logros, cuál fue tu aporte para el Departamento de Publicaciones en específico?

Como decía en un principio, a lo mejor no tengo el año preciso o más bien el tiempo preciso que estuve en el CUIB, pero el aporte principal o lo que mejor me hizo sentir fue la publicación de la revis-

ta; eso fue muy importante porque era algo que tenía como reto, aun dentro de la carrera, como un sueño, cuando piensas en lo increíble que sería hacer una revista, con todo y sus deficiencias. Porque piensas un momento y no tienen experiencia, y al principio no sale como quieres pero va mejorando poco a poco. Esencialmente, mi aportación es la revista *Investigación bibliotecológica*.

Háblanos un poco más sobre *Investigación Bibliotecológica*.

Investigación Bibliotecológica... Para nosotros fue muy difícil llevar el concepto de manera comercial, el nombre es muy largo para una portada, de hecho el del Centro es muy largo y eso visualmente tiene que encontrar solución de manera creativa. Era muy difícil que el nombre se entendiera, de hecho buscar uno adecuado para bibliotecas, Bibliotecología, como que no teníamos mucho de dónde escoger; de todos modos son muy largos pero mi visión era más fotográfica, quería captar una imagen que contuviera la esencia, la idea de lo que es la investigación bibliotecológica. El nombre viene de una serie de investigadores que trabajan con la materia, porque hacia ellos va dirigido el concepto; era lo más adecuado, traté de unir los intereses de nuestros lectores y que además se captara visualmente, pero en esencia la portada era lo que debía llamar la atención, recuerdo que el primer número lleva a un *tlacuilo*, el escribano del mundo antiguo, después incluí algunas letras de libros antiguos, jugar con la tipografía a través de la historia.

Y los temas...

Eran diferentes porque la idea ha sido tener información fresca y diversa, que se estuviera trabajando y tuviera vigencia. En ocasiones algunos recuerdos útiles, de hecho en el primer número se publicó una entrevista que hizo Estela Morales a Juana Manrique de Lara, eso fue memorable. Por lo demás se hablaba de algunas investigaciones que estuviesen en proceso y otras que ya estaban concluidas e información más reciente de lo que estuviera resultando de los coloquios, cursos, seminarios o eventos que se tuvieran previstos dentro de los temas o las investigaciones.

¿Cuánto tiempo estuviste a cargo de la revista?

Iniciamos en 1985 y estuvimos un buen tiempo en trabajo de elaboración y concreción del concepto, porque inicialmente fue mi proyecto, con el que concursé y me integré a la planta laboral, pero faltaba concretar los temas, las secciones que se iban a trabajar, lo que tardaríamos, porque además la Directora la quería presentar de inmediato; este proyecto era urgente porque no existía un medio que periódicamente tratara temas de relevancia para el Centro y que además todos estuviesen enterados; la revista se convirtió en el medio del Centro. Estuve a cargo casi cuatro años, y creo que en realidad fue poco tiempo, fueron los primeros números.

Parece un proyecto donde intervienen muchas presencias, por ejemplo, mencionas a las Directoras y las iniciativas que se comparten ¿cómo vieron tu proyecto? ¿cómo participaron y se involucraron?

De alguna manera creo que toqué su sensibilidad, porque para ellas era un proyecto compartido, de esos que tienes en mente pero por cuestiones de trabajo el tiempo te rebasa y no se había concretado. Cuando lo presento tuvimos una reunión donde se me hacen algunas observaciones, y luego lo rearmamos, rediseñamos, trabajamos sobre aspectos específicos, propuestas de portada, las secciones que quieren dentro de la revista y se trabajan temas concretos, enfatizan la especialidad de los investigadores y siempre están en contacto, supervisando la obra, todo este manejo de temas, pero siempre estuvieron atrás no en el sentido de presión sino para revisar el borrador y decir “Esto es lo quiero”. De la doctora Morales lo que me gustaba era eso, su claridad, sabía lo que pedía, y cuando se lo entregabas y te decía “Sí, así lo quería”, entonces te sentías feliz porque ya habías cumplido con tu deber, estábamos hablando el mismo lenguaje. A medida que desarrollamos el trabajo iba conociendo lo que deseaban y la manera en que podríamos dar el formato correcto y obviamente así se aceleró el proceso, era un trabajo dirigido donde se escuchaba mucho “Sí, así está bien”, “Así lo quiero” o “Necesito investigación”, “Necesito que tal persona lo revise” o “Que alguien más venga a ver esto”, etcétera.

En cuanto a libros ¿qué nos puedes platicar? Hablaste un poco de la relación con los investigadores, de la gente con la que compartes cierta identidad, pero ¿cómo era esta producción?

No quiero dejar de mencionar al doctor Hesh, quien tenía una gran cultura, obviamente hablaba inglés y teníamos algunos problemas para entendernos en cuanto a plasmar las ideas, y bueno, ya trabajando con él y sus modelos matemáticos, surgían las palabras que no eran, adjetivos que no venían al caso y es que era otra estructura de pensamiento y lenguaje, temas muy áridos. Trabajamos mucho tiempo con Conchita para hacer nuestras guías, bueno, cuando hacíamos el Coloquio, pero no tengo fechas precisas, como que se me han desdibujado.

Seguro ya estamos rasguñando esa sección de la memoria, cuéntanos ¿cómo era un día en el CUIB?

Bueno, yo soy de Puebla, normalmente llegaba los lunes a incorporarme al DF, de inmediato era hacer mis llamadas para informarme sobre el estado de las publicaciones, para saber cómo iba el proceso de los libros, los que estaban en la imprenta, y entonces investigaba en qué parte del proceso editorial iban las cosas dentro de la misma semana para visitar imprenta. Recuerdo que el edificio era muy frío porque los muros eran anchos, y al estar con Zuemi, pues nos tomábamos un cafecito y luego seguíamos organizando actividades que dependían de la carga de trabajo, lectura, diseño y lo que tuviéramos pendiente. Dentro de lo que era diseño y lectura apartaba mi área de dudas y con quién tenía que ir porque tratarlo por teléfono no me permitía hacer bien los cambios, hacía mis citas con los investigadores y luego estaba el asunto de la venta de libros, si alguien los buscaba o querían información sobre ellos; en las tardes ya empezaba mi recorrido con los investigadores según las necesidades de los colaboradores, pero un poco después de la comida y cuando ya no venía nadie, ocupaba el tiempo para leer o diseñar.

En cuanto a perspectivas ¿cómo ves en este momento al CUIB?

De hecho le perdí la pista un poco porque dejé de ir mucho tiempo, me vine a vivir a Puebla, pero de verdad tengo muy buenos recuerdos, hay cosas que te marcan y siempre me recuerdan cosas lindas, tengo a la mano la revista y a mis hijos les platico. Cuando supe que se mudaron a CU y después me hablan y me entero de que ha crecido tanto, me maravillo, creo que es algo merecido, soy testigo del trabajo, del esfuerzo que implicó picar piedra para que esto creciera, entonces me da mucho gusto que haya crecido y se tenga un buen futuro; las personas que conocí a través del CUIB son amigos a quienes he tratado de no perderles la pista, algunos están en la ENBA, a la mayoría les va muy bien y eso te da la gratificación de saber que, aunque tomes otro rumbo, las cosas van bien, que sigue habiendo producción.

Mis recomendaciones para el futuro, pues creo que todo trabajo hecho con el corazón asegura maravillas, si te gusta lo harás feliz. Recuerdo cuando no teníamos nada, las computadoras iniciaban, imagínate un Word apenas bosquejado para hacer libros, hacer todo el tiempo “corta y pega” con una tecnología muy precaria, o las columnas, para ver si así funcionaba, no había la diagramación que ahora nos simplifica todo y puedes hacerlo rapidísimo; en cambio todo lo hicimos a pie, la primera producción salió y recuerdo que el último artículo lo terminamos a máquina porque no podíamos darle el formato requerido, ahora es diferente con todas las herramientas que hay, y bueno, la gente que está trabajando, académicamente se ha superado, ha trabajado y bien, creo que seguirán creciendo, el futuro es muy amplio.

Por último ¿quisieras comentar alguna anécdota?

De verdad que fue un trabajo muy importante, donde aprendí bastante y fui feliz. Lo disfruté mucho y no solamente como profesionista, conocí a mucha gente tenaz, luchadora, pacífica, vi muchos caracteres que me ayudaron a formarme como persona, tengo mis mejores recuerdos de trabajo del CUIB, recuerdo a los compañeros, nuestros tiempos de plática, los cubículos, tratar un tema y que me explicaran sobre él. Mucho aprendizaje, esos son muy buenos recuerdos.



CONCEPCIÓN BARQUET TÉLLEZ
Jefa de la Biblioteca, 1985 – 2000

¿Cómo fue su incorporación al CUIB?

Mi relación con el CUIB se debió a una muy amable invitación que recibí del doctor Adolfo Rodríguez Gallardo para hacerme cargo de la Biblioteca. El doctor Rodríguez era en ese entonces el primer Director del Centro, aunque a decir verdad fue muy breve el tiempo que colaboré con él, ya que casi de inmediato fue nombrado Director General de Bibliotecas; sin embargo, también debo decir que a la distancia siempre estuvo preocupado, interesado y apoyando el desarrollo de la Biblioteca.

¿Qué tareas le fueron encomendadas al iniciar su trabajo en el CUIB y cómo las organizó?

Como todo proyecto que está iniciando y tratándose de la Biblioteca, lo primero fue formar una muy buena colección de materiales documentales, sin importar la fecha de publicación ni el lugar de edición; quizás lo único que se restringió fue el idioma, por obvias razones primero se seleccionaba lo publicado en español e inglés, así como en portugués, francés e italiano, sin tener en cuenta tampoco su formato de presentación, se tratara de libros, publicaciones periódicas –en este caso particular se adquirieron en micropelícula colecciones completas de varios títulos desde el primer volumen de su publicación–, memorias de congresos, documentos de trabajo de especialis-

tas del área, folletos, tesis tanto de los egresados de las escuelas de Bibliotecología del país como las de colegas con estudios en el extranjero, así como aquellas otras de algunas universidades extranjeras que fueran de interés para el Centro, en primera instancia para que esta colección cumpliera con la finalidad de ser la más completa e importante de la especialidad en el país y además, como lo marcaba su objetivo principal, de gran utilidad para apoyar y atender los trabajos de investigación que se empezaban a desarrollar en el Centro, sin perder de vista que al mismo tiempo sirviera de sustento a los estudiantes de las escuelas de Bibliotecología, a los prestadores de servicio social así como a la comunidad bibliotecaria en general. En el transcurso también se fueron adquiriendo otros recursos documentales, diversos materiales audiovisuales y electrónicos de acuerdo con las necesidades administrativas e informativas que se iban presentando en el CUIB. También hago un paréntesis para recordar que muchos de los materiales con los que se empezó a conformar la colección fueron donaciones que hicieron de sus acervos personales el mismo doctor Rodríguez, la doctora Estela Morales y algunos de los investigadores fundadores del CUIB.

La organización de estos materiales se hizo de acuerdo con las técnicas y cánones establecidos para su catalogación y clasificación, con la experiencia adquirida en otras bibliotecas, utilizando además las herramientas bibliográficas existentes e idóneas para este fin; cabe aclarar que la colección de libros la procesaba la Dirección General de Bibliotecas, pero todos los demás materiales que ingresaban a la Biblioteca eran analizados y procesados por el personal profesional; asimismo en paralelo se establecieron los servicios tradicionales de cualquier biblioteca para continuar instrumentando poco a poco nuevos servicios más especializados y específicos, acordes con las necesidades de información de los investigadores.

¿Cómo y quién evaluaba su trabajo?

En los años en que tuve el honor de estar al frente de la Biblioteca del CUIB, nuestro trabajo, tanto del personal profesional como el de apoyo, siempre fue atendido, supervisado y evaluado por la Dirección del

Centro, de quien recibíamos todo el apoyo, sugerencias y recomendaciones para llevar a cabo nuestras actividades académicas. Oficialmente los informes del Departamento de Biblioteca como los de los bibliotecólogos pasaban por el Consejo Interno del CUIB, órgano del que también emanaban algunas observaciones y/o recomendaciones.

¿Cuáles eran los medios y condiciones en que realizaba su trabajo?

Como lo mencioné anteriormente, cuando se está iniciando un nuevo proyecto, cuando apenas se están asignando funciones y se va a distribuir un presupuesto, todo comienzo enfrenta muchas limitaciones tanto de espacio como en recursos de todo tipo, pero conforme fue transcurriendo el tiempo, el Centro se fue consolidando, la situación cambió y fue mejorando gradualmente en todos aspectos.

¿Cuáles eran los recursos humanos en que se apoyó para realizar sus tareas?

Considero que en este aspecto gracias al interés de la Dirección del Centro la Biblioteca pudo alcanzar las metas que se fueron estableciendo, ya que cada uno de los Directores siempre le brindaron apoyo, por ejemplo, desde el principio contó con la colaboración eficiente de tres bibliotecólogos profesionales, un poco después se incorporó un oficial administrativo. Al aumentar la plantilla de investigadores y en consecuencia irse multiplicando las actividades, incrementándose los servicios de la Biblioteca e iniciando ya actividades en el campus universitario, se tuvo la necesidad de incorporar más personal profesional de la Bibliotecología así como de apoyo; llegamos a ser seis bibliotecólogos y cinco oficiales administrativos, en ese aspecto siempre pensé y lo mencioné en varias ocasiones, que era una biblioteca privilegiada por el número de profesionales que la conformábamos y por la relación bibliotecario profesional-número de investigadores del Centro.

¿Cuáles considera que fueron sus principales logros dentro del área en que se desempeñó?

Por supuesto uno de ellos fue la automatización de la Biblioteca; otro muy importante, sugerido por la doctora Estela Morales Campos, fue la base de datos INFOBILA –Información y Bibliotecología Latinoamericana–, la cual se empezó a conformar en 1985 con la finalidad de reunir, analizar y resumir en la Biblioteca del CUIB la producción documental, publicada en y sobre América Latina, especializada en Bibliotecología, Información y Archivonomía, para ofrecer acceso y apoyo a investigadores, docentes, así como a los alumnos de las escuelas de Bibliotecología y a la comunidad bibliotecaria en general. Además es importante mencionar que esta base en el corto-mediano plazo se convirtió en un proyecto de cooperación regional trascendental donde participaron instituciones y colegas de varios países de América Latina muy interesados en colaborar en dicho proyecto, el cual contó con el interés y apoyo de organismos internacionales. A partir de esta base se conformaron otras más de acuerdo con los diversos materiales documentales que se tenían dentro de la colección y que eran analizados por el personal profesional de la Biblioteca; otro logro que merece mencionarse entre muchos más es el Servicio de Disseminación Selectiva de Información que se otorgaba a los investigadores de acuerdo con sus perfiles de interés y necesidades de información.

¿Qué recuerdos le gusta recordar de sus primeros años de estancia en el CUIB?

Por supuesto el espacio que ocupó en sus primeros años, ese bello edificio del Colegio de San Ildefonso ubicado en el corazón del Centro Histórico; fue una época muy bonita, de recuerdos, cuando aún se podía caminar por sus calles y disfrutar de edificios con tanta historia, convivíamos en un ambiente todavía tranquilo y relativamente seguro, pero sobre todo creo que formábamos un equipo de trabajo tanto técnicos académicos como investigadores y directivos; considero que fuimos en ese entonces un grupo muy solidario donde nos apoyábamos y ayudábamos, llevando muy buenas relaciones que incluso en algunos casos se extendían al ámbito familiar, aun

cuando en ocasiones también se añoraba estar ya en el campus universitario.

¿Cuáles son los acontecimientos más significativos que usted recuerda de la historia del CUIB? ¿Cuáles de ellos influyeron directamente en su labor?

Considero que la creación misma del Centro es trascendental; se debió al empeño, dedicación y encomio de un grupo de bibliotecólogos encabezado por el doctor Adolfo Rodríguez Gallardo y la doctora Estela Morales Campos, y con el devenir el grupo de investigadores que lo fue integrando, el desarrollo de sus programas e investigaciones, lo hicieron obtener reconocimiento a nivel nacional e internacional, asimismo los convenios establecidos con diversas instituciones tanto nacionales como extranjeras; uno de ellos muy importante fue el programa de doctorado para sus investigadores, los espacios académicos multi e interdisciplinarios obtenidos, sus coloquios, reuniones nacionales e internacionales, su programa de publicaciones y obviamente el desarrollo y servicios especializados de su Biblioteca.

¿Durante la gestión de qué Director considera usted que el CUIB ha crecido o sobresalido más? ¿Por qué?

En este rubro considero que a la doctora Morales le correspondió, de hecho junto con el doctor Rodríguez –aunque fue muy poco el tiempo que él estuvo en la Dirección–, el arranque del Centro, desde conformar su estructura orgánica, formar los primeros cuadros de investigadores, estudiar, analizar y dar seguimiento a los proyectos iniciales de investigación, los programas académicos a realizar para encauzarlo a ser una institución líder en investigación bibliotecológica no sólo de México sino de Latinoamérica, y a la doctora Elsa Ramírez Leyva continuar, consolidar, empujar e iniciar nuevos proyectos y programas, pienso que cada una de ellas realizó su mejor esfuerzo y energía para el crecimiento y desarrollo del CUIB en concordancia con el momento histórico que les tocó vivir al frente del mismo.

¿Cómo cree que será el CUIB en unos años?

Más que creer, deseo sinceramente que el CUIB pueda consolidarse y alcanzar el nivel de instituto después de veinticinco años de vida con todas las ventajas y prerrogativas que esto conlleva. Con este logro se evidenciaría y reconocería la alta calidad de las actividades que desarrolla tan prestigiada institución.



ZUEMI SOLÍS Y RIVERO
Jefa del Departamento de Difusión, 1984 – 1993

¿Cómo fue tu incorporación al CUIB?

Para empezar, soy maestra de primaria y cuando terminé la carrera de Licenciada en Derecho, salió la oportunidad de que a través de la doctora Estela Morales ingresara al Centro. Vine a la entrevista y la doctora me dijo que era el Centro de Investigaciones Bibliotecológicas y le contesté que de bibliotecas no sabía nada. Entonces me dijo: “No se preocupe”, sonrió, “usted no tiene que espantarse porque no va a hacer nada de bibliotecas. Aquí la quiero para el área de Difusión del Centro”. Me explicó de qué se trataba, en aquel entonces ella era Secretaria Académica y el Director era el doctor Adolfo Rodríguez Gallardo. Me detalló en qué iba a consistir y básicamente era realizar el informe de la dependencia que sale cada año y organizar las mesas redondas, alguno que otro curso. Esto apenas iniciaba, o sea que no era una actividad muy grande, pero eso fue, prácticamente. Mi ingreso ocurrió el 1 de marzo de 1984. La doctora me fue llevando de la mano, porque eso sí debo reconocer siempre, tuvo mucha paciencia para irme enseñando lo que era la academia, para mí un mundo totalmente nuevo y diferente. Nunca había tenido este contacto.

¿Cómo percibías el mundo académico en el momento en que entraste? ¿En qué era diferente?

Es muy diferente a mi trabajo anterior como maestra de primaria –que fue de siete años. Nunca había trabajado en otro lugar y entonces entro a una universidad y sobre todo al área de investigación. Te encuentras con personas abocadas a trabajar con la lectura, muchas lecturas. Incursionan en temas nuevos o difíciles de resolver y la ad-

ministración en la UNAM es vincularse, no solamente con el Director o la Directora, sino con los investigadores en ese momento; con los técnicos académicos, y abrir relaciones con otras entidades académicas para solicitar apoyo, para hacer determinado tipo de actividades con ellos en colaboración. Y es totalmente diferente porque estás hablando de un medio aparte. Eso es una cosa, la otra, cuando entro al Centro me acuerdo muy bien que me dan una computadora toda vieja, una Franklin. Era una televisión en blanco y negro horrenda y uno como maestro no sabe absolutamente nada de todo eso. Ahora ya hay más cosas en las escuelas, pero en aquel entonces ni por asomo una computadora, eso era extraño. Cuando entro me dice la doctora Morales “Tiene que hacer ahí el informe de actividades”, pensé “¿Qué voy a hacer?” Entonces tuve el apoyo y la paciencia de ellos, también la enseñanza del ingeniero Edgardo que me fue llevando de la mano con estas enseñanzas de lo básico, en un procesador arcaico –creo que ya no existe–, con todo este tipo de cosas, por comandos y códigos; no era como ahora, con iconos. Entonces sí era muy diferente, pero también te ayuda a crecer como persona.

¿Fuiste una de las primeras en usar las computadoras del Centro?

Estas computadoras llegaron al CUIB, creo que eran como dos o tres las que existían en aquella época, del año de la canica. Ya por 1986 o a finales de 1985 es cuando le dan al CUIB las primeras IBM. Obvio, no me tocaron de esas, eran para Cómputo. Y los investigadores o todos los que quisieran usarlas tenían que ir a recibir sus cursos de cómputo que organizaba Edgardo porque nadie sabía manejar estos equipos. Si acaso el doctor Garduño, que era el más ligado a estas tecnologías.

¿Cómo organizabas las tareas que le eran encomendadas?

Te digo que uno va aprendiendo sobre el camino porque el mismo Centro estaba en ciernes. Aunque llego en 1984, realmente el CUIB tenía dos años de haber iniciado funciones. Y quien venía realizando las labores de Difusión era la doctora Morales, por eso pidió que alguien entrara porque estaba ya muy agobiada entre las funciones de

la Secretaría Académica, y además las labores de Difusión. ¿Cómo las organizaba? De entrada, una organización desorganizada porque no había una regla sobre cómo debían hacerse las cosas. Entonces con la guía de la doctora Morales, ella me dijo “Vamos a hacer esto”. Lo primero que había que hacer era el informe, así que me pidió “Póngase a leer los informes que han salido”, que eran los de 1982 y 1983, “vea cómo está la estructura y vamos a hacerlos semejantes”. Me dijo “Usted va a conseguir la información, la tiene que ir a buscar con los investigadores y organizarla”. Esa fue la primera tarea que se me encomendó y más o menos así se fue organizando. Ya después uno va agarrando más práctica, además la Coordinación de Humanidades empezó a mandar unos formatos para que los investigadores informaran anualmente allí conforme al artículo y el tema de investigación. Pero había información que se tenía que recabar personalmente con los investigadores y se iba directo con ellos a tratar de sacar todos los datos. Luego, cuando fueron los cursos me tocó organizar los primeros, de Metodología de la Investigación, a los que vinieron latinoamericanos. Que digamos que la gestión de intercambios –que venían apoyados por IFLA, la organización de bibliotecarios a nivel internacional– la hacían el doctor Rodríguez y la doctora Morales. Ellos hacían la función del intercambio y yo me dedicaba al apoyo logístico. Es decir, tenía que ver que los materiales estuvieran a tiempo y fotocopiados, hacer las reservaciones en los hoteles y ver que estuvieran a tiempo todas sus cosas. Que los eventos estuvieran a tiempo, con todas las condiciones, desde un rotafolios, porque en aquel entonces se utilizaban mucho. Ahora ya hay pizarrón electrónico, Power Point o cañón. No, en aquel entonces eran los rotafolios con cartulinas amarillas o papel manila amarillo. Yo tenía que ver que estuviera eso, los plumones, el pizarrón con gises, grabadora –porque no había video– por si se solicitaba algún apoyo. Es decir, que todas estas cosas estuvieran a tiempo, ese era mi trabajo. De ese curso no me tocaba hacer la difusión, al principio hacía el apoyo logístico. Por eso digo que me fue llevando la doctora Morales de menos a más, porque esto no me lo soltó así de un solo golpe. Por ejemplo, para el Curso de Formadores de Información Bibliográfica Automatizada, el FIBA, que también creo empezó en 1985 o en 1984, no recuerdo

bien. Bueno, este curso era de alguna manera con varios instructores y ahí sí ya la doctora Morales me empezó a decir. Me señalaba y decía “La difusión la va a tener que mandar aquí y aquí”, y me indicaba las instituciones. Aclaraba “De aquí ya no recuerdo el nombre del Director, así que consígase el nombre y lo manda ahí”. Entonces tenía que buscar el nombre o corroborar si era el domicilio correcto. A veces sólo me señalaba instituciones y yo tenía que hacer la búsqueda de todo lo demás, para empezar a mandar la difusión. Con ese curso empecé a hacer lo que es propiamente Difusión, con eso inicié, después recuerdo que me dijo que había mesas redondas y que tenía también que hacer el apoyo logístico de las que organizaban los investigadores. Entonces ya acudían ellos a mí, me los mandaba la doctora y me decían “Zuemi, necesito tal o cual apoyo para esto”. Así fue como aprendí lo que tenía que hacer. Después de esto, la Dirección en general vio la posibilidad de dar cursos impartidos por los investigadores. Estos son los que ahora llamamos cursos CUIB, que tardaban tres días y empezaron a durar una semana, cinco horas diarias. Me dijo que necesitábamos empezar a hacer la difusión y comenzamos a hacer los trípticos informativos, totalmente rudimentarios. Los hacía con mis posibilidades: a veces pegábamos las hojitas escritas a máquina, los teníamos que hacer en blanco y negro, y les hacíamos una carátula. Los fotocopiábamos y los empezábamos a mandar a todo el sistema bibliotecario de la UNAM, a bibliotecas nacionales de otro tipo, a escuelas de Bibliotecología, a algunas instituciones y así se fue conformando un pequeño directorio. Llegué a conocer gente que no era del CUIB y que ahora ya tiene muy buenos niveles dentro de otras bibliotecas. Los conocí porque conmigo llegaban a inscribirse; a unos investigadores que ahora están aquí o personas de provincia que ya son gente importante en los colegios de Bibliotecología. Entonces, me empecé a manejar dentro del medio de los bibliotecólogos sin serlo, pero normalmente con la función de difusión. Cuando ingreso al CUIB estuve con una plaza de interino por tres años, ya después me dieron mi definitividad, mi proyecto se basó en Difusión porque yo era quien manejaba todo eso. Mis funciones fueron creciendo: empecé a hacer el informe, después el apoyo logístico, luego Difusión y allí salían más cosas. Estamos hablando de un CUIB en

aquella época cuando teníamos muy poquito personal de base, es decir, no teníamos fotocopista, no teníamos nada. Si eran paquetes grandes los tenía que fotocopiar y compaginar porque no había las máquinas que ahora te compaginan, sino uno de forma manual tenía que hacerlo. Entraba a las 9:00 a.m., salía a las 2:00 p.m. a comer y regresaba a las 4:00 p.m. y me iba como a las 7:00 u 8:00 p.m., pero tenía que estar armando los paquetes, fotocopiando, engrapando, haciendo de todo. Cargando incluso en ocasiones, tenía que estar llevando o transportando el material para tal lado, hacíamos de todo.

¿Contaban con fotocopidora?

Teníamos una normal, pero no compaginaba y no teníamos fotocopista. Entonces cada quien tenía que hacer su trabajo. El CUIB no tenía tanto presupuesto, así que tampoco podíamos decir “Mándalo a fotocopiar por fuera”. Estamos hablando de paquetes de quinientas hojas por persona y si teníamos a veces treinta personas los paquetes eran un mundanal de fotocopias. Por eso uno las tenía que sacar, no había de otra. Luego también teníamos que dejar descansar la fotocopidora porque nada más era una máquina, se calentaba y teníamos que esperar a que se enfriara para poder continuar. Ese era el trabajo, lo íbamos sacando por día, por eso teníamos que prever muy bien nuestro tiempos para poder tener todo a la hora. Ya después se fue soltando un poquito más de responsabilidades y crecieron las obligaciones; empieza uno con poquito pero esto tiene que crecer.

¿Qué tipo de información era la que recopilabas de los investigadores?

La que siempre se ha compilado, es decir, sus actividades académicas que van en función de sus participaciones en eventos. Sus publicaciones, sus participaciones en cuerpos colegiados, de sus proyectos de investigación; tenemos que llevar un control siempre de cómo se van dando los proyectos de investigación, cuándo se inician, los que se concluyeron, los que se quedaron en proceso. No como control porque no era tal, era un seguimiento, un seguimiento real porque si en un informe aparece esto, tenemos que ser congruentes con el siguiente. Tenemos que ver cómo se van dando porque realmente el Consejo

Interno es el encargado y siempre lo ha sido en cuanto a los proyectos de los investigadores. Yo nada más contabilizaba y ponía, esa era la información que se compilaba. Y del Centro en general era lo que había organizado el CUIB, dónde, las fechas, es decir, tratar de que la información relativa a lo que se había ejecutado a lo largo de un año se viera reflejada y lo más completa posible.

¿Quiénes participaban en las mesas redondas?

En aquel entonces recuerdo que los investigadores elaboraban un documento base y llamaban o invitaban a personas que estuvieran dentro de su misma área, en alguna biblioteca o centro. Se hacían las reuniones con especialistas afines a su área o a veces a lo mejor uno no tan afín, pero normalmente eran unas mesas de cinco o seis personas que discutían el documento. Entonces los investigadores a su vez se enriquecían del intercambio que se daba ahí entre ellos. Eran sobre temáticas muy específicas y la especialidad que el investigador estaba desarrollando.

¿Cómo y quién evaluaba tu trabajo?

Siempre ha sido evaluado por Secretaría Académica y por Dirección, siempre ha sido evaluado por ellos en forma directa. Tenemos un órgano colegiado que es el Consejo Interno, al que le presentamos nuestro informe anual de actividades y ellos también te evalúan. Como órgano colegiado revisan tu informe, ven qué hiciste, qué no hiciste, por qué lo hiciste y por qué no lo hiciste. Y eso a su vez lo mandan al Consejo Técnico de Humanidades donde dicen si aprueban o no tu informe de trabajo. Cada año todos tenemos la misma obligación, son dos instancias diferentes: una, la Secretaría Académica y la Dirección, que siempre han sido mis jefes inmediatos. Dos, el Consejo Interno, que pasa a Consejo Técnico de Humanidades. Tenemos organismos que nos evalúan.

¿Con base en qué estándares evaluaban su trabajo?

Creo que con la evaluación diaria, es decir, te encomiendan un evento y si no salió te tienen que poner como lazo de cochino porque no se van a esperar a que el segundo salga mal. Desde el primero se dan

cuenta; te dicen “Esto faltó, esto no se hizo” o “Qué pasó, no llegó nadie al evento, ¿dónde estuvo la difusión?” Entonces, esto fue creciendo, la difusión se hacía en *Gaceta UNAM*, después teníamos personas que invitábamos para que vinieran a vernos. Luego mis funciones fueron creciendo: tuve a mi cargo el Intercambio Académico, la difusión y gestión de los prestadores de Servicio Social. Así, diario, tus actividades se van evaluando, por ejemplo, tengo mi fecha de entrega de informe y si no lo entrego en esa fecha y no sale para que mi Director lo lea, no sirvió para nada. Uno tiene muy claras sus actividades y las tiene que ir cumpliendo conforme se van dando. Pienso que a diario te están evaluando. Te piden algo, “Necesito un documento” –ahora ya también llevo estadística–, pero en aquel momento si no salía bien un evento, si no llegué a tener el hotel a tiempo para las personas y llegaban los extranjeros, ¡imagínate cómo te ponen!, o por ejemplo, “¿Dónde están las fotocopias?”, o “¡Llegaron tarde porque no les pusiste horario y pensaron que podían entregar a la hora que quisieran!” Son cosas así que tenemos que cuidar mucho, por eso creo que es una evaluación constante. Además, la cercanía con Secretaría Académica y Dirección para todos esos eventos, porque estaba metida en el Coloquio, en muchas cosas. Tenía que verlas yo pero ellos me supervisaban, primero autorizaban y ya se mandaba el oficio firmado por el Director o las cartas que debían firmar para invitar, en fin. Ellos se daban cuenta de si estaba trabajando y con qué tiempo lo hacía, total, que es una evaluación constante y pienso que los jefes evalúan a diario, no se esperan a que termine el año para poderte evaluar.

¿Alguna vez se te presentó algún problema?

Siempre, siempre hay piedritas en el camino, pero de eso se trata. Quien diga que todo es felicidad está mal. Recuerdo alguno de un coloquio, que ya venían llegando los extranjeros y no se había hecho la reservación. ¿Por qué? Pues porque nos cruzamos mal la información entre una persona del Centro y yo, y ya no se pudo. De repente ya estaban aquí, me manda llamar mi Directora para preguntarme qué estaba pasando y lo único que me dijo fue “Usted lo resuelve y lo resuelve como sea”. Y pues ni modo, lo tuve que resolver como pude. Afortunadamente salimos con bien, pero son de ese tipo de cosas que se llegan

a presentar y que a lo mejor dices “No tuvimos buena comunicación, me confié, a la mejor debí haber consultado antes bien”. Son esos detalles que ni modo, son parte de la chamba. También ha habido cosas en que uno de repente mete la pata. Quizás un dato que no ha salido en el informe, eso es típico. De repente me dan la información y me volé a fulanito del informe, no apareció fulano de tal y ya vino con el Director a reclamar por qué lo quitaron, piensan que es cuestión política. Que no tiene nada que ver, porque realmente de los Directores que hemos tenido, ninguno nunca ha dicho “Vamos a quitar a zutano porque no me conviene que aparezca”. No es cierto, nunca, nunca jamás, pero me ha llegado a pasar que como veo tantas veces el mismo documento una y otra vez, ya no lo leo igual. Entonces, “¡Zuemi, por qué quitaste a fulano!”, y ahí voy con fulano a decirle que me disculpe, al fin uno es humano y es de humanos errar. Esos errores siempre ha habido, no existe el documento perfecto.

¿Cuáles eran los medios y las condiciones en que realizabas tu trabajo?

Cuando se inicia el Centro los medios eran bastante rudimentarios. Las condiciones pues eran limitadas, pero creo que como éramos poquitos y todos queríamos hacer algo y hacerlo bien, eso te da la energía. Por ejemplo, Difusión era una persona, Cómputo era una persona, la Jefatura de Publicaciones era una persona, y teníamos solamente dos personas para hacer el aseo. Había ocasiones en que nuestro lugar estaba sucio y si la señora Rosita tenía que ir a dejar correspondencia a CU, o la mandaban a otra parte, o nos barría. Entonces optamos por llevar nuestros trapitos, nuestras escobas, barríamos, limpiábamos. Y no pasaba nada del otro mundo, lo hacíamos de la mejor forma y a sacar el trabajo, el trabajo tenía que salir. El Centro crece sustancialmente cuando llegamos a la Torre, antes éramos muy poquitos: entre diez o doce investigadores, y técnicos académicos creo que ocho, no recuerdo bien la cifra. Estás hablando de un personal aproximadamente de veinte académicos, éramos una pulguita: dos administrativos de base, tres secretarías de confianza y dos o tres de base. Éramos muy poquitos, un personal muy limitado. Recuerdo que llegué a ocupar mucho la máquina de escribir de esfe-

ra, que era como la gran tecnología. Recuerdo que tenía mi máquina de escribir de esfera y mi computadora vieja, porque llegué a tener computadora IBM hasta que llegué a la Torre, era una IBM descontinuada de Cómputo. Claro, las necesidades del Centro, tenían que ir sufragando las más prioritarias. Entonces Difusión era importante, pero a lo mejor era más importante un proyecto, porque el sustento de un centro de investigación, hay que tenerlo muy claro, son las investigaciones y las demás áreas somos sólo el apoyo a la investigación, que también es importante. Nada es menos o más, pero cada uno tiene su propio nivel.

¿En dónde estabas ubicada?

En Justo Sierra fueron cuatro años y en ellos tuve espacios diferentes. Recuerdo que cuando ingresé –en Justo Sierra 16– me dieron una sala en el jardín de las magnolias, precioso el edificio. Con los vitrales subiendo las escaleras; en fin, era una cosa bella. Llegué y teníamos el patio en la primera planta y ahí me dieron un espacio que era común, una salota, un salón grande donde estaba quien ayudaba a Secretaría Administrativa, llegó una secretaria, llegué yo y–en aquel entonces, cuando ingreso, no estaba la Jefa de Publicaciones, no había Jefatura de Publicaciones– una persona que se dedicaba a hacer corrección de estilo, en paz descanse, el señor Bellido. A veces estaba ahí sentadito, a veces se iba a un cubículo aparte, pero era un lugar común. En ese tardé como un año. Entraba uno y estaba la secretaria del Director, las dos secretarías del Director; luego la Dirección, a mano derecha la sala y hacia el lado contrario Secretaría Administrativa y Secretaría Académica. Todos ocupábamos como que un mismo lugar, separaditos un poco, pero era muy fácil porque si necesitaba ir a ver a la doctora Morales nada más bajaba tres escalones, caminaba medio pasito del pasillo y ya estaba con ella, era para mí muy práctico estar ahí. Al año al Centro le dan otro espacio, y la doctora Morales me asigna un nuevo lugar y me suben al tercer nivel. Ahí me dieron un cubículo donde empecé a compartir lugar con la primera Jefa de Publicaciones. Ella estaba en su lugar, yo enfrente y hacia atrás había como una covacha donde se ponían las publicaciones porque ya empezaba a haberlas, era como un lugar tipo bodega. Estamos hablando

de un edificio viejo donde las escaleras y los techos son altísimos, entonces un piso es como dos. Así que cuando me mandaban llamar –ya en aquel entonces la Secretaria Académica era Elsa Ramírez y la doctora Morales pasó a ser la Directora en 1985– era subir y bajar, subir y bajar, algo pesado. Así estuve creo que un año. Al siguiente, otros nuevos espacios y entonces me mandan al primer nivel donde estuvimos pero hacia afuera, por la entrada de Justo Sierra, junto a los elevadores. Me mandan y ahí ya tuve mi cubículo independiente, muy bonito pero nada más tardé un año también porque al otro hubo otro cambio. Me fui un piso arriba, quedé junto a los elevadores y a la Sala del Rector. Eso me gustó mucho porque luego teníamos eventos y utilizábamos esa sala. Pero me conflictuó más porque ahora para ver a mi jefa tenía que subir y bajar tres pisos, además de caminar el equivalente a una cuadra porque son pasillos muy largos. Era buen ejercicio, estaba delgada, eso era sensacional, ahora con esta vida sedentaria todo mundo sube de peso. En aquel entonces me pusieron un ayudante, Carlos Ceballos, que llegó a auxiliarme un ratito nada más y eso fue en 1988. Como puedes ver, cada año me cambiaban pero era por necesidades, el Centro iba creciendo y se iban abriendo espacios. En lugar de compartirlos te iban dando el tuyo propio. Cuando compartes con otra persona puede ser muy incómodo, tener a tanta gente ahí porque llegaba gente a inscribirse a cursos conmigo o tenía que atender llamadas. Incluso llegué a tener dos líneas directas porque aquello era estar hablando por teléfono. Entonces la persona que hacía corrección de estilo oía que yo hablaba por teléfono, era incómodo. Se fue haciendo el esfuerzo de que nos dieran cada vez más y más espacio y así hubo la posibilidad de que por fin cada quien tuviera un lugar para poder tratar sus asuntos sin molestar o interferir con otra persona.

¿Qué es lo más significativo que recuerdas de San Ildefonso?

Creo que fue precisamente ese crecimiento e involucrarme con otras personas de una disciplina totalmente nueva, pero además con personal muy entusiasta que quería hacer cosas, que quería crecer. Siempre he dicho que a los CUIB viejos o de aquella época les ha costado mucho, ha sido un caminar largo y era una comunidad muy bo-

nita porque recuerdo que se festejaban los cumpleaños por mes. Entonces nos reuníamos en la sala de juntas y se hacía un convivio para festejar a todos los que habían cumplido años en mayo o en junio. Lo más grato que puedo tener son las vivencias del centro.

¿Alguna anécdota en particular?

Hay quienes nos creen, hay quienes no nos creen, pero me acuerdo, cuando estaba en el segundo nivel con Pilar, que por las tardes cuando empezaba a anochecer, como a las 6:00 o 7:00 y ya estaba oscuro, pasaba una sombra. La primera vez que la vimos pensamos que era uno de los investigadores, Roberto o Ramiro, que también estaban allá arriba, y no le dimos mucha importancia. La segunda ocasión, a la misma hora Pili salió para ver y entró llena de pánico y me dijo “¡No es nadie, es un monje que pasa!” Aún así no le dimos mucha importancia. La siguiente vez que pasó salimos las dos y decidimos que a partir de las 5:00 p.m. íbamos a bajar a Dirección y ya no estaríamos arriba, y así lo hicimos. Después, cuando me cambiaron al otro lugar junto al elevador en el tercer piso, compartía la puerta que comunicaba mi cubículo con el baño y otro cubículo, entonces haz de cuenta que había dos puertas. Durante todo el día las manteníamos cerradas además de que no había ni necesidad de usar el baño porque usábamos al que iban todos, por lo mismo de que eran pocas las señoras que hacían el aseo y sabíamos que si se ensuciaba, nadie iba a ir a limpiarlo, así que se quedaban cerradas siempre. Sin embargo, todas las mañanas, cuando llegábamos, la puerta que daba a mi cubículo estaba abierta. La llegamos a atrancar y entrábamos y estaba abierta. De repente escuchábamos ruidos y decían que era el elevador que los hacía, pero no, porque nunca se ocupaba. Únicamente lo ocupaba el Rector para tener acceso a la Sala, los trabajadores no teníamos acceso a él, así que nadie lo ocupaba porque estaba prohibido. Quién sabe qué sería, pero era emocionante. También éramos como una gran familia, de repente podían estar los hijos del maestro Salas por ahí, en pocas ocasiones los del doctor Rodríguez, que estaban más grandecitos. Iba el hijo de Nidia. Estaban los hijos de la doctora Morales en las tardes porque llegaban de la escuela, había hijos de otras trabajadoras de ahí, en fin. De repente eso se volvía una guardería,

sobre todo en las tardes porque en las mañanas los niños podían estar en guarderías o en la escuela. No era a diario, pero a veces había necesidad de que estuvieran ahí o en vacaciones. Era divino ver cómo entrabas al archivo y el hijo de la doctora Morales saltaba de archivo en archivo, o si no, en el pasillo Santiago empujando o haciéndole cochecito a todo lo largo a Enrique sobre una silla con rueditas, y lo soltaba porque como estaban en declive, lo dejaba ir. Entonces uno entraba y decía “¿Qué es esto?”, pero de repente se volvió normal. Todo mundo toleraba, eran, como nosotros los llamamos, “los niños del CUIB”, era la gran familia. Ahora ya las cosas cambiaron, es más difícil lograr esa unión porque los espacios y el Centro creció. Al crecer, muchas de esas cosas se fueron perdiendo.

¿Cómo percibiste el cambio de San Ildefonso a CU?

Era necesario, a lo mejor muchos no lo vieron como tal, de hecho me afectó porque vivía muy cerca del centro. Pero para Difusión, para mí, fue muy rico venirme acá porque así tenía a la mano más elementos para poder mandar la información. Recuerdo que cuando estábamos en el centro la doctora Morales me decía “Te vas a CU a una reunión en Antropológicas”, y era venirme desde allá como a las 8:00 de la mañana porque la reunión era a las 10:00 a.m., tomaba en cuenta el tráfico para llegar a tiempo. A veces ya no me daba tiempo de regresar al centro en la tarde, o sea, esas distancias tan grandes entre CU y la vida académica. Era necesario, el CUIB se empezó a vincular más hacia lo que era la vida académica de la UNAM. Además de que empezó a tener una presencia académica, y en lo personal me favoreció porque empecé a asistir a otro tipo de reuniones sin desplazarme con tanto tiempo de anticipación y podíamos ir a muchos lugares e ir abriendo espacios. Es decir, cumplíamos con todas las actividades y nos daba tiempo de regresar al CUIB a realizar otro tipo de trabajo, ya no era como antes que se perdía un día completo cuando se tenía que ir a una junta en CU, ahora era “Tengo una junta pero al rato regreso”. Por otro lado, para los investigadores, que casi todos ellos daban clases, algunos de ellos en la ENBA, pero otros aquí en el Colegio de Bibliotecología, venirse a CU fue mucho mejor y creo que académicamente se incrementó la docencia de los investigadores en la Facultad. Más investigadores empe-

zaron a dar clases, llegó un momento en que todos lo hacían en la licenciatura. Ahora ya son profesores de posgrado. También el número de participantes en nuestros eventos porque tenemos una buena comunidad de bibliotecólogos que no podían ir al centro por una u otra razón o a veces por las marchas, porque eso no es nuevo: una vez tuvimos un paro de profesores en la calle de Venezuela que era una peste espantosa, no podíamos llegar en carro, teníamos que tomar otras rutas. Todo eso nos iba limitando un poco al captar gente para nuestros eventos, pero al llegar a CU, los espacios son más abiertos, hay más posibilidades de estacionamiento, la posición de estar en el Circuito Interior. Muchas cosas se favorecieron, fue un gran acierto vernos a CU.

¿Cuáles consideras que fueron tus principales logros dentro del área en que te desempeñabas?

Pues dejar más o menos armado el Departamento de Difusión. No se pudo automatizar porque no tenía los elementos, no tenía secretaria. De hecho en 1993 se da el nombramiento como Departamento de Difusión porque durante los demás no hubo forma de justificar el presupuesto para una Jefatura de Difusión. Fue hasta ese año que por fin sale el nombramiento. Entonces, nunca tuve secretaria ni gente para apoyarme. Me hacía de muchos jóvenes de Servicio Social para apoyarme y me ayudaba con ellos. No podía sola con tanta chamba porque fue creciendo el Centro, como que se ve una rebasada por su crecimiento y cantidades, y ya era una locura. Pero creo que se dejaron más o menos rutinas armadas, se dejó presencia del Centro en cuanto a organización de eventos, se dejó bien cimentado lo que era el Coloquio; no como organizadora, yo no organizaba, quienes lo hacían eran los Directores, los investigadores, lo digo en cuanto a lo que era la Difusión. Recuerdo haber dejado archivos de todos los trípticos que se llegaron a hacer, ya los últimos son impresos, pero los primeros eran muy rudimentarios, aunque eso es algo que se logró y ha continuado hasta el día de hoy. La gente espera que el CUIB saque algo; ven en la página web y saben que hay un Departamento de Difusión, que ahí es donde se deben inscribir. Se han ido abriendo espacios; eso es un logro. A la mejor no se dejó una base de

datos, tampoco grandes cosas, pero a lo mejor ciertas rutinas: a quién ibas a pedirle información, a quién debías enviarla, cómo vas a pedir reporteros a *Gaceta* o a la Secretaría de Comunicación. Incluso recuerdo que había unas páginas gratuitas en los periódicos que sacaban nuestra información y yo decía “Ahí lo mando”, lo que fuera, sin costo ahí lo enviábamos.

¿Cuáles consideras que son los retos más importantes para el CUIB en los próximos años?

El reto es la consolidación del Centro. Hoy en día en el CUIB el ochenta por ciento o más de sus investigadores son doctores. ¿Esto qué nos quiere decir? Que ya tenemos poca gente con nivel de maestría y casi nada con nivel licenciatura. Entonces tenemos que cerrar etapas. La primera del Centro fue luchar por su existencia porque los centros se consideran algo que no debe tardar mucho. La segunda fue a lo mejor la de tratar de que el Centro se fuera consolidando con investigadores; ya los tenemos, muy reconocidos a nivel nacional e internacional. Ya la Bibliotecología ha ganado espacio dentro de la misma Universidad y dentro de la propia sociedad a nivel nacional. Y ahora estamos en otra etapa, en el total despegue. Dicen que lo importante no es llegar sino mantenerse. ¿Cómo nos vamos a mantener? Pues con un alto nivel. Creo que el siguiente paso es convertirse en instituto, no sé en cuánto tiempo se dé, pero el CUIB ahora cuenta con todos los elementos para serlo.

Algo que desees agregar...

Como persona, agradecer todo lo que me ha dado el CUIB, lo que me ha dado la UNAM. Nunca pensé estar en una institución tan académica y tan bonita. Lo que me ha dado el CUIB como persona, porque me ha ido formando, me ha dado un crecimiento, he aprendido de todos mis Directores, de mis compañeros, de todo lo que se puede ir aprendiendo en este camino. Me siento muy orgullosa de estar en el CUIB.